

# El Tratado de Guadalupe Hidalgo

◆  
JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

La guerra con los Estados Unidos y el Tratado de Guadalupe dejaron en los mexicanos un recuerdo muy amargo, no sólo por la pérdida de territorio sino por que sentían que México había sido incapaz de defenderse en un conflicto tan injusto. En su día, las reacciones ante la discordia contrastaron en los dos países. En los Estados Unidos, la pugna generó una excitación que desafió todos los pruritos morales,<sup>1</sup> mientras que los mexicanos se sumían en una depresión colectiva que llevó a don Carlos María de Bustamante, testigo presencial de la ocupación de la capital de la nación, a concluir en su *Diario*, el 15 de septiembre: “acabóse la República mexicana, su independenciam y libertad”.

Si bien la guerra se convirtió en una cadena de derrotas, los testarudos mexicanos se negaban a aceptarlas, lo cual resultaba incomprensible para sus enemigos. Aun después de la caída de la Ciudad de México, puros y monarquistas rechazaron la firma de un convenio de paz, al tiempo que las victorias aumentaban el apetito expansionista estadounidense, que también eludía el armisticio, pues ya ambicionaba la anexión de todo México. Con la firma del Tratado de Guadalupe, los expansionistas, desilusionados, organizarían invasiones de filibusteros con la intención de repetir la hazaña texana. A la vista del desmedido afán expansionista de los presidentes de esa década, resulta sorprendente que el país sólo haya perdido otra tajada en el Tratado de la Mesilla de 1853.

En el contexto contemporáneo, el Tratado de Guadalupe puede considerarse, positivamente, como un logro de

los moderados que heredaron el poder el 15 de septiembre de 1847, ante la renuncia al Ejecutivo de Antonio López de Santa Anna. El nuevo gobierno enfrentó problemas insuperables. Sin dinero, sin ejército, sin apoyo de la mayoría de los gobiernos estatales y con la hostilidad de puros y monarquistas, los moderados lograron establecer un régimen provisional en Querétaro y reunir al Congreso nacional para firmar la paz.

La guerra fue el punto final de una larga historia en que la fortuna había favorecido la fundación de los Estados Unidos y perjudicado la del Estado mexicano. La vieja Nueva España no podía compararse con las pequeñas trece colonias en 1776, pero, una vez que éstas consolidaron su independencia en 1783, incrementaron tanto su extensión territorial y su número de habitantes que, en 1805, las dos naciones ya poseían un suelo y una población comparables y, para la década de 1840, veinte millones de estadounidenses desafiaban a sólo siete millones de mexicanos. De esa manera, el dilatado y deshabitado territorio septentrional representaba un verdadero imán para los primeros, que contaban con una economía dinámica y un modelo de gobierno capaz de hacer frente a sus problemas internos. Por el contrario, la nación del sur era presa de la discordia política y de la bancarrota hacendaria heredada por las guerras españolas y la cruenta lucha independentista, al tiempo que su vieja prosperidad novohispana despertaba las ambiciones de los países comerciales y la convertía en la más amenazada del continente.

El éxito estadounidense despertó en México un doble sentimiento: admiración por su sistema político y su desarrollo y temor ante su amenazante expansionismo. Para lograr

<sup>1</sup> Robert Johannsen, *To the Halls of the Montezumas. The Mexican War in the American Imagination*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

el progreso anhelado, los dirigentes mexicanos buscaron emular el gobierno y la política colonizadora del Estado vecino. Mas su regionalismo tradicional desembocó en un federalismo radical que estableció un régimen sin poder fiscal, a pesar de sus grandes responsabilidades.

Convencidos de que la inmigración era la clave del progreso de los Estados Unidos, las autoridades mexicanas cifraron grandes esperanzas en la colonización. Como la afluencia procedió del vecino país, buscaron asegurar la lealtad de los colonos ofreciéndoles inmejorables condiciones, pero los resultados fueron desastrosos. Los inmigrantes texanos prácticamente no tenían razones de queja y alcanzaron el *status* de ciudadanos privilegiados,<sup>2</sup> aunque la historiografía estadounidense —y en parte la mexicana—, en vez de reconocerlo, haya aceptado las justificaciones de los texanos respecto a su declaración de independencia, destinadas en su momento a despertar la simpatía y el apoyo de los Estados Unidos. En el acta se quejaban de una tiranía, una dictadura y un militarismo inexistentes, y de no poder practicar su religión, con lo cual “olvidaban” que habían ingresado a México en calidad de católicos. El pretexto de pronunciarse contra el centralismo soslaya también que los primeros colonos habían cabildeado ante monarquías centralistas. Como las reformas de 1834 habían aprobado el juicio mediante jurado y el uso del inglés en asuntos administrativos y judiciales, así como aumentado la representación de los colonos, los anexionistas recurrieron a la manipulación del temor de los colonos al antiesclavismo mexicano y del descontento por la apertura de la aduana al cumplirse los periodos de exención de impuestos.

El apoyo estadounidense fue abierto y contradecía la declaración de neutralidad formulada por el presidente Andrew Jackson —discutible, por otra parte, puesto que se trataba de un problema interno mexicano—. El mandatario no se atrevió a anexar Texas, pero extendió su reconocimiento a la república ahí fundada y ello deterioró las relaciones entre su país y el nuestro. A ello se sumaron las reclamaciones de sus ciudadanos —muchas de ellas exageradas o injustas— contra el gobierno mexicano. Sometidas tales demandas a arbitraje, éste hizo esfuerzos por cumplir con los pagos, pero las interrupciones permitieron al presidente James Polk invocarlas como causa de guerra.

En la década de 1840, en los dos países reinaban el faccionalismo político y la división regional, pero en el norte

los neutralizaba la fiebre expansionista, mientras que en México impedían el funcionamiento de todo sistema político. Por ello, el gobierno moderado de 1845, consciente de la imposibilidad de enfrentar una guerra, inició negociaciones para reconocer la independencia de Texas, que fracasarían ante la oferta de anexión a los Estados Unidos. A fines de ese año, un México en total bancarrota enfrentaba dos amenazas imponentes: la guerra con su vecino del norte y una conspiración española empeñada en establecer aquí una monarquía. El único posible aliado, la Gran Bretaña, se limitó a aconsejar que se evitara provocar las hostilidades, con el fin de que los Estados Unidos no tuvieran pretexto para ocupar los territorios que ambicionaba. Polk prefería evitar una guerra por medio del soborno o de una simple compra, pero estaba decidido a emprenderla para adquirir California y Nuevo México. Al no prosperar su esquema, decidió provocarla y simuló un intento de negociación. Como su enviado portaba credenciales inapropiadas —y en realidad sólo traía ofertas de compra—, el gobierno mexicano no lo recibió, lo que sirvió a Polk para que el 16 de enero de 1846 ordenara al general Zachary Taylor avanzar hacia el Río Grande, que era suelo mexicano o, en el peor de los casos, territorio en disputa.

La presencia de enemigos en tierras nacionales propició un incidente entre los dos ejércitos en abril. Taylor lo reportó en un escueto mensaje en que informaba que las hostilidades podían considerarse iniciadas. Cuando Polk lo recibió, su declaración de guerra ya estaba lista y sólo le añadió la frase de que México había invadido a su país y “derramado sangre americana en territorio americano”. Aunque nuestra nación venía sufriendo agresiones de los Estados Unidos que incluían el apoyo a los texanos, la incursión del general Gaines a Texas en 1836, la ocupación del puerto de Monterrey en California en 1842 y la anexión de Texas, Polk aseguraba cínicamente que la paciencia de su país se había agotado.

La declaración se envió el 12 de mayo al Congreso y, aunque los representantes *whigs* se negaron a imputar la culpa a México, aprobaron las solicitudes de recursos financieros y humanos para la campaña. El gobierno de Polk estaba listo para las hostilidades. A las flotas del Pacífico y del Golfo se les reiteró la orden de bloquear los puertos mexicanos. El secretario de Guerra, por su parte, instruía a Stephen Kearny, situado en el fuerte Leavenworth, de Missouri, para avanzar hacia Nuevo México y California; a John Wool, para marchar con otro ejército hacia Nuevo León, Coahuila y Chihuahua, y a Taylor, para proseguir su avance

<sup>2</sup> Andreas Reichstein, *The Rise of the Lone Star*, College Station, Texas A & M University Press, 1989.

hacia el interior. Después se proyectó otro ejército que seguiría "la ruta de Cortés", de Veracruz a la Ciudad de México.

En realidad, antes de que se declarara formalmente la guerra, el 8 y 9 de mayo habían tenido lugar las primeras batallas en Palo Alto y Resaca de Palma. Las derrotas eran previsibles. Los historiadores estadounidenses han insistido en la pequeñez de su ejército, mas es difícil comparar su potencial con el de los mexicanos. En primer lugar, los Estados Unidos eran capaces de destacar tropas simultáneamente en diversos frentes, mientras el bloqueo de los puertos mexicanos privaba al gobierno nacional de su más importante fuente de financiamiento. Por otro lado, las fuerzas invasoras, entrenadas y disciplinadas, eran dirigidas por profesionales y contaban con buena organización y armamento moderno; su ilimitada posibilidad de movilizar voluntarios les permitía renovar sus efectivos periódicamente, y el gobierno contaba con recursos para abastecerlas y pagarles salarios. Carecían de planos, mapas y conocimientos sobre el terreno, pero contaban con oficiales capaces que podían hacer rápidas explotaciones y elegir lugares apropiados para las batallas.

El ejército mexicano contaba, en cambio, con unos treinta mil hombres, un número insuficiente para defender un territorio tan extenso. No sólo distaba de ser profesional, pues la mayoría de sus voluntarios no contaban con ningún entrenamiento, y disparaban por primera vez en el campo de batalla. La bancarrota nacional había impedido modernizar el armamento e incluso comprar las municiones adecuadas para las armas existentes, pues se adquirían las que fiaban los usureros a precios exorbitantes. Además, debe considerarse que las mujeres, como acompañaban a los hombres para alimentarlos y atenderlos con todo y sus hijos, hacían parecer más numerosas las fuerzas militares nacionales. La mayor parte de éstas se concentraba en el norte y el resto se hallaba disperso en el territorio, y las mismas tropas que enfrentaron a Taylor lo harían después con Scott. Por otro lado, México carecía de flota, pues los dos barcos de guerra adquiridos en 1841 se remataron al cónsul británico en vísperas de las hostilidades, para evitar que cayeran en manos de los estadounidenses.

La mayor ventaja del cuerpo castrense invasor fue su artillería de largo alcance, que desde el principio decidió el éxito de las batallas. Lo sorprendente es que, con otra muy anticuada, de corto alcance, el ejército mexicano logró hacer retroceder al enemigo en la Angostura. Por tanto, desencadenada la guerra, el resultado era previsible y los agresores

lo sabían. Los políticos mexicanos lo temían, pero el público no, y fue el gran sorprendido con las derrotas. Éstas terminaron por desacreditar el centralismo, debido a lo cual, en medio de la guerra, se restableció el federalismo, sin importar que un cambio de gobierno en tales circunstancias no fuera aconsejable. El radicalismo de esa corriente política se convertiría en un obstáculo más para organizar la respuesta. Sobre un régimen federal sin autoridad fiscal, recayó toda la responsabilidad de defensa, mientras el cambio de sistema de gobierno y autoridades en estados, municipios y federación distrajeran la atención del conflicto bélico.

Con escasa población y sin defensa, Nuevo México y California fueron ocupados pese a una escasa resistencia y en enero de 1847 se había consolidado su conquista y anexión. Tropas mal alimentadas, peor armadas y sin salario, que abandonaban a sus heridos y debían marchar de Norte a Oriente para enfrentar huestes renovadas, no tardaron en desmoralizarse.

La impotencia agudizó las diferencias políticas, impidiendo que los mexicanos presentaran un frente unido ante la invasión. Algunos gobiernos estatales consideraron que habían de reservar sus recursos para cuando peligraran, sin comprender que el objetivo de los estadounidenses eran "los palacios de los Montezumas".

En agosto de 1847, los invasores llegaron al Valle de México e iniciaron su avance hacia la ciudad por el sur. Santa Anna pactó un armisticio para ganar tiempo; con tal fin, nombró tres comisionados para que oyeran las proposiciones relativas al tratado de paz que proponía el enviado estadounidense Nicholas Trist, quien desde mayo acompañaba al ejército de Scott. La falta de facultades para negociar y las pretensiones exageradas de los agresores condujeron al fracaso y el 8 de septiembre se reanudaron las batallas. Luego de tres derrotas a las puertas de México, los invasores iniciaron la ocupación de la capital el día 14.

Ante la imposibilidad de organizar la defensa, el ejército mexicano decidió evacuar la capital. El ayuntamiento local logró negociar con Scott una entrada pacífica, pero ante el avance del ejército atacante, el populacho intentó resguardarla y, con piedras, cuchillos y agua caliente, causó múltiples bajas a los enemigos, aunque también hubo cientos de muertos mexicanos. Todo fue inútil y el 15, por la noche, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en Palacio Nacional. Mientras los estadounidenses celebraban ruidosamente con alcohol y música sus triunfos, los mexicanos velaban a sus muertos y Santa Anna, en la villa



Laura Anderson Barbata

de Guadalupe Hidalgo, renunciaba a la presidencia, que recaía, según la Constitución, en el titular de la Suprema Corte de Justicia, don Manuel de la Peña y Peña, quien emprendió la marcha hacia Querétaro con algunos políticos y los restos de las tropas.

Al tiempo que los moderados trataban de regularizar el funcionamiento mínimo de un gobierno, en los Estados Unidos un movimiento clamaba por la anexión de todo México y el mandatario mismo pensaba en exigir más territorio "para castigar a los mexicanos" por el alargamiento de la guerra. Trist, que desconocía esto, procedió a comunicar a las autoridades del país vencido, a través de la representación británica, su disposición a negociar la paz. El régimen mexicano respondió que sólo esperaba que el Congreso tuviera quórum para nombrar a los comisionados del caso.

En noviembre, cuando a Trist se le informó la designación de Luis Gonzaga Cuevas, Bernardo Couto y Miguel Atristáin para negociar la paz, recibió órdenes de Polk para regresar a Washington y procedió a comunicarlo. De la Peña, Scott y el ministro británico insistieron en que se quedara, pues ya se había comprometido y Washington ignoraba que, a causa de la debilidad del gobierno mexicano, resultaba improbable que, a su regreso, el comisionado tuviera con quién firmar la paz. Durante una semana, Trist se debatió entre la disyuntiva de obedecer a su gobierno o sus deseos de poner fin a una guerra injusta. Por último, el 4 de diciembre hizo saber al ministro británico su resolu-

ción de firmar el tratado, convencido de que "la paz era el deseo de mi gobierno" y de no desperdiciar la oportunidad de suscribir ese convenio.<sup>3</sup> Consciente de la enorme responsabilidad que caía sobre sus hombros, advirtió que debía cumplir con las condiciones mínimas determinadas por Polk sin hacer ninguna concesión. Su desobediencia de todas formas iba a costarle el fin de su carrera diplomática y la pérdida de los sueldos que se le adeudaban hasta 1870.

Las negociaciones no pudieron iniciarse formalmente hasta el 2 de enero de 1848, aunque durante diciembre se discutió parte del problema de la línea fronteriza. El intercambio fue azaroso, tanto por la resistencia de los comisionados mexicanos como por los problemas de traducción y la vaguedad de los mapas disponibles.

El 28 de enero concluyeron los intercambios, pero los representantes decidieron enviar el acuerdo a Querétaro para obtener el visto bueno del gobierno. Consciente de su responsabilidad, Trist amenazó con retirarse si no se firmaba de inmediato, pero el ministro británico logró calmarlo. Finalmente, el 2 de febrero de 1848, por la tarde, en la villa de Guadalupe Hidalgo, se selló el tratado. Por una carta de la señora Trist, conocemos la escena de la firma en la basílica. Cuando estaba a punto de suscribir el documento, don Bernardo Couto comentó:

Éste debe ser un momento de orgullo para Ud., pero menor a la humillación que nos invade. Trist contestó: estamos haciendo la paz, que ése sea nuestro único pensamiento. Pero más tarde nos comentaría: si esos mexicanos hubieran podido leer mi corazón en aquel momento, se hubieran percatado que mi sentimiento de vergüenza como americano era más profundo que el suyo como mexicanos. Aunque no podía decirlo entonces, era una cosa de la que todo bien intencionado americano estaría avergonzado y yo lo estaba, intensamente. Éste había sido mi sentimiento en todas nuestras conferencias, especialmente en momentos en que tuve que insistir en aspectos que detestaba. Si mi conducta en esos momentos hubiera estado gobernada por mi

<sup>3</sup> "Trist to Edward Thorton", 4 de diciembre de 1847, en William Manning (ed.), *Diplomatic Correspondence of the United States*, vol. VIII, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 1937, pp. 984 y 985.

conciencia como hombre y mi sentido de justicia como americano, hubiera cedido en todas las instancias. Lo que me impidió hacerlo fue la convicción de que el tratado entonces no tendría la oportunidad de ser ratificado por nuestro gobierno. Mi objetivo, no fue el de obtener todo lo que yo pudiera, sino por el contrario, firmar un tratado lo menos opresivo posible para México, que fuera compatible con ser aceptado en casa.<sup>4</sup>

El convenio renovaba el anterior de Amistad y Comercio y establecía la forma de resolver diferencias que podrían suscitarse en el futuro, además de una nueva frontera mexicana en su artículo V y, en los III y IV, los términos de evacuación de tropas y la devolución de instalaciones ocupadas. Los derechos de los mexicanos habitantes de las provincias conquistadas quedaron garantizados por los artículos VIII y IX. El X, sobre tierras texanas, lo anuló el Congreso estadounidense. El XI era el único favorable a México, pues el país vecino se comprometía a contener las incursiones de indios belicosos y, de no lograr prevenirlas, "castigar y escharmentar a los invasores, exigiéndoles además la debida reparación". Por desgracia, el artículo quedó en letra muerta y el gobierno extranjero exigió que se suprimieran en el Tratado de la Mesilla de 1853.

De inmediato, Trist envió el acuerdo a Polk, mientras en México una convención constituida por dos mexicanos y dos estadounidenses acordaba el cese de hostilidades y la suspensión, a partir de marzo, del acopio de contribuciones de guerra, con las que los Estados Unidos habían sostenido la ocupación del territorio y los enfrentamientos armados.

El armisticio permitió efectuar elecciones al Congreso en áreas ocupadas, lo cual resultaba fundamental para que la Cámara se reuniera y aprobara el convenio. Los moderados desplegaron gran actividad para ganar los comicios, temerosos de la oposición de los puros y del pronunciamiento preparado por los monarquistas, mientras que algunos estados organizaban una coalición para desconocer el tratado y el gobierno.

La llegada de senadores y diputados a Querétaro tuvo lugar durante el mes de abril y el 7 de mayo, por fin, se registró un quórum que permitió inaugurar el Congreso. El presidente Manuel de la Peña presentó el acuerdo con un discurso donde recordó las condiciones en que se había

hecho cargo del gobierno, subrayó que la nacionalidad se había salvado sin compromisos ulteriores e insistió en que

la cesión territorial era la menor en que podía convenirse; y que no era posible esperar que los Estados Unidos modificasen, en cuanto a esto, sus pretensiones. Tan considerables como son los terrenos de Texas, de la Alta California y de Nuevo México, el gobierno de la Unión había declarado ante su Congreso, que sin la cesión de dichos terrenos continuaría la guerra bajo el plan que indicó el presidente en su último mensaje.<sup>5</sup>

La mayoría moderada logró la aprobación del tratado y el día 26 de mayo se hizo el intercambio de ratificaciones con los senadores Nathan Clifford y Ambrose H. Servier, enviados por los Estados Unidos para el caso.

No obstante la pérdida de territorio y de los mexicanos que lo poblaban, vale la pena recordar aspectos positivos del acuerdo no siempre tomados en cuenta. México, totalmente derrotado, estuvo a punto de desaparecer o de perder más territorio, pero la equivocación de Polk al elegir a un hombre honesto para negociar en su nombre frustró esa posibilidad y los mismos comisionados mexicanos, en su exposición de motivos, dejaron constancia de su reconocimiento "a las prendas del señor Trist".<sup>6</sup> Su buena disposición permitió salvar a Baja California, unida por tierra a Sonora. Es posible, por otra parte, que el golpe moral que el tratado significó para los mexicanos extendiera el sentido de nacionalidad a amplios grupos de la población y los hiciera conscientes de la importancia de su unidad. Además, a causa de sus efectos los partidos afinaron sus proyectos de nación y contribuirían a consolidar el Estado mexicano. Así, la agresión francesa de la década de 1860 tropezaría con una actitud diferente del pueblo mexicano. ♦

<sup>5</sup> "Discurso del Sr. Peña y Peña, al abrir las sesiones del Congreso en Querétaro el 7 de mayo de 1848", en Antonio de la Peña y Reyes (comp.), *Algunos documentos sobre el tratado de Guadalupe Hidalgo y la situación de México durante la invasión americana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 31), 1930, pp. 279-292.

<sup>6</sup> "Permítanos Vuestra Excelencia manifestarle, antes de concluir, que el buen concepto que en la primera negociación se formó del noble carácter y altas prendas del señor Trist, se ha confirmado cumplidamente en esta segunda. Dicha ha sido para ambos países que el gobierno americano hubiese fijado su elección en persona tan digna, en amigo tan leal y sincero de la paz: de él no quedan en México sino recuerdos gratos y honrosos." "Exposición de motivos presentada por los comisionados de México", 1º de marzo de 1848, p. 168.

<sup>4</sup> Robert W. Drexler, *Guilty of Making Peace. A Biography of Nicholas P. Trist*, University Press of America, Lanham-Londres-Nueva York, 1991, pp. 130 y 131.